

# QUÉ CLASE DE MADRE

CLAY McLEOD CHAPMAN

Traducción de Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *What Kind of Mother*

Publicada originalmente en inglés por Quirk Books, Philadelphia, Pennsylvania, en 2023. Esta edición fue negociada a través de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona-[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2023 by Clay McLeod Chapman  
© de la traducción: María Cristina Macía Orio, 2024  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-655-2  
Depósito legal: M. 2.871-2024  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*para Cormac*  
*el mundo es tuyo,*  
*te lo abriré a dentelladas*

*Ella verá a todas horas  
lo que hago por complacerla.  
Entenderá mi desnudo  
porque no puedo perderla.*

«Mi bondadosa madre», 1849.

*BARCA ABANDONADA EN CHESAPEAKE, RELACIONADA  
CON CASO SIN RESOLVER DE DESAPARICIÓN*

---

Brandywine, Virginia

La patrulla guardacostas de Virginia busca a un pescador local en la bahía de Chesapeake tras descubrirse su barca abandonada en la orilla sur de la isla de Gwynn.

Henry McCabe, de 35 años, es el dueño de la cangrejera matrícula 1974 Chesapeake. Un transeúnte encontró la barca varada y con indicios de haber estado ocupada, entre ellos comida y ropa infantil. Por el momento no se ha localizado a McCabe.

Sally Campbell, portavoz de la patrulla guardacostas, informó que: «No se recibieron peticiones de ayuda, y la situación meteorológica no era adversa. No se aprecian indicios de violencia».

El descubrimiento de la barca abandonada ahonda el misterio en torno a McCabe, al que se investigó por la desaparición de Skyler, su hijo de 8 meses, en 2018. Por el momento no se han presentado cargos.

En la búsqueda colaboran el Departamento de Bomberos del condado de Matthews, el de Poquoson y la Comisión de Recursos de Virginia.



**Primera parte**

# **DESAPARICIÓN**



## UNO

«Dame la mano».

Una invitación tan sencilla... Se lo he pedido muchas veces, a muchas personas, este año pasado. La gente suele olvidarse de hasta qué punto es un acto íntimo, de lo vulnerable que eres cuando le entregas la palma a otra persona. Sobre todo, a una persona como yo. La piel delicada de la muñeca, la carne de la palma, las penínsulas de los dedos. Todos los secretos que te ocultan a ti, y a mí me los revela.

Te los mostraré, pero antes...

«Dame la mano».

## DOS

El mercadillo de Brandywine se celebra desde que yo era una cría que jugaba a saltar por encima de las lápidas del cementerio que hay detrás de la iglesia baptista de Shiloh mientras mi madre compraba fruta y verdura. O más. Todos los sábados, a las nueve en punto, el aparcamiento de la iglesia recibe la invasión de empresarios de edad avanzada que trafican con sus productos caseros.

En cada plaza de aparcamiento hay un tenderete. Los granjeros llegan antes de que al sol se le ocurra salir para hacerse con los lugares sagrados por donde pasa más gente. Las cajas de las camionetas se transforman en cornucopias de tomates frescos, boniatos, mazorcas de maíz envueltas en sus hojas verdes, pepinos todavía cubiertos con una fina película de tierra, brócoli, calabacines, calabazas, fresas y cestas de arándanos. Algunos llegan a vender oca en salmuera y mermelada de melocotón.

Los pescadores de la zona traen la captura desde la bahía de Chesapeake: cangrejos azules, ostras, arenques, gambas, mejillones, almejas, sábalos de ojos vidriosos... todo sobre un lecho de hielo que se va derritiendo para formar un caldo salado a medida que pasan las horas y sube la humedad.

Las señales pintadas a mano a lo largo de dos kilómetros de autopista a ambos lados de la península atraen a los vehículos que pasan con la promesa de fruta y verdura local, de pescado fresco.

Los habitantes de Brandywine aún viven de lo que les dan la tierra y el agua.

Yo vivo de tus manos. De las líneas en la piel, de los pliegues en la carne. Una lectura de la palma te va a costar veinte pavos. También echo el tarot, con media baraja o con baraja entera. Y hago limpiezas de aura.

Es lo más parecido que tengo a una profesión. Desde que me alcanza la memoria, siempre ha habido alguien que leía la palma de la mano en los mercadillos. Antes era mi abuela. Sacaba una baraja de tarot vieja y sucia, y te pedía que cortaras por donde quisieras. No sé bien por qué lo hacía (no tenía poderes psíquicos), como no fuera para salir de casa los fines de semana. Creo que le gustaba inventarse historias a cambio de unas monedas, alegrar a las chicas hablándoles de su destino... «Vas a tener una vida larga y feliz, bonita... Pronto conocerás al muchacho de tus sueños, cielo... Veo que pronto recibirás buenas noticias, cariño...».

No me costó retomar las cosas donde las dejó cuando murió. «Es cosa de familia», le decía a cualquier cliente que me preguntara por mis cualificaciones. Me pongo el mismo vestido hippy negro atado a la espalda con mangas desde la cintura y muchas pulseras para que las muñecas me tintineen al moverme. Es mi uniforme de trabajo, cortesía de la tienda de segunda mano. Hay que llevar la ropa adecuada. Últimamente apenas me maquillo, pero, cuando me lo puedo permitir, me pongo un poco de sombra de ojos negra difuminada para completar la imagen. Tengo ganas de dejarme el pelo largo, pero por el momento lo llevo decolorado, corto en las sienes y más largo en la parte de arriba, con el objetivo de que mis pómulos altos atraigan alguna mirada.

Para cuando llego a la iglesia, casi todas las plazas están ocupadas, así que pongo la mesa de cartas en un extremo del aparcamiento, al lado de la mafia del mercadillo.

—Buenos días, Millie. Buenos días, May. Charlene...

Las urracas de Brandywine vienen siempre a vender las mermeladas y las empanadas recién hechas, así llueva o haga sol. Estas tres ocupan sus sillas plegables de lona y observan a todo el mundo con ojos de águila.

—No sabía si ibas a venir.

Charlene siempre se sienta a sudar en la silla plegable, junto al puesto en el que vende mermeladas y tarros de oca. Se da aire con un abanico de papel como una Madame Butterfly con un vestido hawaiano con estampado de flores y enchufada a un tanque de oxígeno sobre ruedas. «Mi otra mitad», lo llama, y lo lleva a todas partes. Los tubos de plástico que le salen de las fosas nasales parecen los bigotes de un barbo.

—¿Me he perdido algo? —pregunto.

Pongo un pañuelo de seda sobre la mesa y, encima, un cartel escrito a mano con caligrafía llena de florituras: TAROT Y LECTURA DE LA MANO.

—Ya íbamos a dejarle a alguien tu sitio.

—Por mí no te preocupes...

—No me preocupo. Me debes dos semanas. —Charlene es la tesorera del mercadillo y cobra a todos el depósito para la iglesia—. No puedes seguir a cuenta.

—¿Te importa esperar a mediodía?

No voy a saltar la banca leyendo el destino a la gente un sábado por la mañana. No me da para aportar al plan de pensiones, pero sí para pagar casi todo el alquiler. Si alguien quiere una lectura en profundidad, un Precio Especial de Madi, bueno, les digo dónde estoy: «Pásate por el motel de Henley Road, nada más salir de la 301. Estoy en la habitación 5, hay un anuncio de neón».

—Esto no es la beneficencia —dice Charlene.

—En cuanto lea unas pocas manos...

—Si nadie paga lo que debe, ¿qué hacemos?

—Te lo voy a pagar, en serio. Palabra.

—No se va a fumar —masculla Mamá May. Desde que sufrió el derrame tiene una parálisis parcial, solo habla por un lado de la boca y arrastra las palabras—. Ya te paga luego.

Charlene se acomoda en la silla plegable, gruñe entre dientes.

—Hoy antes de irte. Y todo.

—Me salvas la vida, Charlene. Gracias.

—Hoy va a hacer calor —comenta Tita Millie con un suspiro—. Se me está derritiendo la cara.

Y es verdad. Tiene el rímel apelmazado en las pestañas. La gruesa capa carmesí de los labios hace que parezca que se le funden como si fueran de cera.

—El hombre del tiempo dice que esto va a peor —dice May—. Vamos a llegar a los cuarenta.

—No empieces con las tonterías esas del «calentamiento global».

—No te he preguntado nada, Charlene...

—¡Pues no escuches! —Charlene pone la mano sobre la bombona de oxígeno y le da unas palmaditas a la espita como si fuera un bastón, con el Pall Mall recién encendido entre los nudillos—. ¿Y tú qué predices, señorita Price? ¿Se acerca el Fin de los Tiempos?

—Ya ha empezado, Charlene —respondo.

Charlene hace un ademán con el abanico de papel, «venga, venga», antes de centrarse en temas más importantes.

—¿Os habéis enterado de que Loraine Hapkins ha dejado a su marido?

La mayor parte de la verdura se vende antes de las doce, pero la gente por lo general se queda para charlar. Para chismorrear, sobre todo. Brandywine es tan pequeño que no existen los asuntos privados. Si hay algo que haya que saber, estas tres hablarán de ello.

—Pensaba que lo estaban intentando arreglar —digo.

Hace más de un mes que Loraine no viene a consultarme. Va siendo hora de que la vaya a ver por si quiere que la ayude.

—Eso vas y se lo cuentas a Noah Stetler —masculla entre dientes Mamá May.

—¿De quién hablamos? —Tita Millie gira hacia nosotras el oído bueno.

—Lor-aine. —Charlene parte en dos el nombre como si fuera una galleta.

—Ah, sí. —Millie asiente—. Loraine anda a las suyas cada vez que Jesse sale de viaje.

—¿Os queréis callar las dos?

—Pero si lo sabe todo el mundo.

—Pues no será gracias a ti. —Entre calada y calada al Pall Mall, Charlene me tiende la mano sudorosa con la palma hacia arriba—. Ya me va tocando.

—¿Quieres que te la lea? ¿De verdad?

Es increíble lo mal que cae mi negocio entre la comunidad religiosa, muy dada a criticar mis brujerías. Pero, al final, a estas mujeres les interesa tanto como al que más un anticipo del futuro.

—¿No me lo vas a hacer? —pregunta Charlene.

—Me quitas diez dólares de la deuda.

—Cinco.

—Trato hecho. A ver qué tenemos aquí...

Le examino la palma como un minero que pasara los depósitos minerales por el tamiz.

—Si ves los números de la lotería vamos a medias.

—Si veo los números de la lotería no te diré nada. —Le oigo el crujido rasposo en el pecho, el agua que pasa entre las flemas—. ¿Cómo andas de salud?

—¿Por qué lo dices?

Paso la yema del dedo por la hendidura poco profunda del hemisferio izquierdo de la palma como si siguiera una corriente río arriba.

—No estaría de más que pidieras hora.

—¿Por qué? ¿Qué ves?

—Yo no soy médico. —Trato de distanciarme del diagnóstico—. No tengo rayos X en la mente, pero cuando la línea está así de seca suele ser porque hay que cuidar de algo.

Charlene deja pasar unos segundos.

—La verdad es que ya me toca.

—Bien. Te necesitamos con buena salud. Si no, ¿a quién le voy a comprar la oca?

—Hace siglos que no me compras oca. —Charlene empieza a toser—. ¿Cómo está Kendra?

Solo con oír su nombre siento un impacto en el pecho. Sé que Charlene se ha dado cuenta.

—Le va bien.

—¿Todavía vive con Donny?

Claro que lo sabe. En este pueblo todo el mundo sabe que Kendra vive con su padre después de pasarse casi la vida entera, casi dieciséis años, conmigo. Por eso hemos vuelto a Brandy-

wine. Al pueblo donde mis padres me repudiaron y el adolescente que me había preñado dejó bien claro que no quería saber nada de mí.

Charlene me está poniendo a prueba, lo noto. Está hurgando en busca de algo jugoso. Cualquiera otro día sería capaz de desviar el tema, pero esta mañana, no sé por qué, tengo que echar mano de todas mis fuerzas para seguir sonriendo. No quiero darle la satisfacción de saber que me ha hecho daño.

—A mí no me cambies de tema —consigo decir—. Prométeme que pedirás hora al médico.

—Por el Dios del cielo y por mi vida. —Charlene abre los ojos. Algo detrás de mí le ha llamado la atención—. No os perdáis lo que acaba de encontrar el gato...

—¿El gato de quién?

Tita Millie se echa hacia delante en la silla plegable en un esfuerzo por levantarse.

—Allí.

—No veo...

—Allí, que estás más ciega que un topo. ¿No es el chico de los McCabe?

—¿Quién?

—Henry.

Me vuelvo para mirar. Casi todos los tipos con los que crecí se han quedado calvos y han echado barriga mientras criaban a una camada de críos en el aparcamiento de caravanas. Henry aún luce una melena de león de pelo color rubio arena.

Tiene suerte.

Se ha dejado barba, y la verdad es que no le queda nada mal. Lleva una chaqueta de borrialla sobre la camisa de franela. Los pantalones sucios delatan que se gana la vida en el río. El Chesapeake sustenta a un buen número de pescadores. Salta a la vista que trabaja con las manos.

Pero lo que me para en seco son los ojos. Llevan una gran carga.

¿Cuándo fue la última vez que me fijé en Henry? Debió de ser hace décadas. Mucho antes de que llegara Kendra.

¿Se acordará de mí?

—El pobre hombre —dice Mary con voz trabada al tiempo que niega con la cabeza.

—Pobre, pobre hombre —repite Millie.

—¿Qué hace aquí? —gruñe Charlene, ofendida de que no la consultaran con antelación.

—Me han dicho que vive en la barca —susurra Millie—. Cuando perdió la casa no le quedó...

—No se habla de eso —la hace callar Charlene—. Deja en paz a Henry.

—No digo más que lo que todos sabemos.

Tengo que preguntarlo.

—¿Qué sabemos todos?

—Pero ¿tú dónde has estado metida?

—Lejos de aquí.

—Su hijo desapareció hace cinco años —susurra Millie—. Con ocho meses y se desvaneció como si tal cosa.

«No sabía que Henry tenía un hijo».

—¿Lo secuestraron, quieres decir?

—Es una de las cosas que se dicen. —Estas mujeres no se meten en sus asuntos ni aunque les paguen—. Su mujer tuvo una depresión posparto atroz. No se dejó ver en muchos meses y... —Millie se inclina hacia mí para hablarme al oído—. Se ahorcó. En su casa.

—Dios —digo—. Qué espanto.

—Un horror —dice May.

—Se te rompe el corazón —corroborra Millie mientras trata de ocultar la sonrisa. Está encantada de haber desbancado a Charlene como tema de conversación.

—¿Crees que tuvo algo que ver con...? —No puedo ni acabar la frase.

—Pues unos te dirán una cosa, otros te dirán otra...

—A ti no te ha preguntado nadie, Millie —dice Charlene.

—Sabes tan bien como yo que...

—Es uno de los nuestros —la reprende Charlene, harta de escucharla—. ¿Así tratas a los tuyos? El pobre hombre tiene derecho a rehacer su vida. Dios sabe que ya ha sufrido bastante.

—No digo más que lo que hemos dicho cien veces.

—¿Quieres tirar la primera piedra?

Millie se pone de morros y se deja caer en la silla.

—Su versión no tiene ni pies ni cabeza.

Charlene yergue la espalda para que los pulmones se le flexionen en el pecho y deja escapar el aliento sibilante.

—¡Henry! —grita hacia la otra punta del aparcamiento—. ¡Ven aquí, muchacho!

Henry obedece y se dirige hacia donde estamos.

Millie saca la polvera a toda prisa, nerviosa.

—¿Cómo tengo la cara? ¿Cómo estoy?

—Perfecta —miente Mamá May sin disimulo.

Henry clava los ojos en mí y no los aparta. Huele a condimento de hierbas Old Bay y a cangrejos cocidos.

—Buenos días.

—Pero Henry, cómo has crecido —empieza Charlene—. ¡Estás hecho un chicarrón!

—Bueno, ya no soy tan joven...

—Calla, calla. —Charlene es todo mieles—. Para mí siempre serás el niño del banco de atrás en la iglesia. Aún tienes los mismos mofletes que te pellizcaba todos los domingos por mucho que te escondieras...

—Aún los tengo. —Sonríe y saluda con un ademán a las demás mujeres—. Buenos días, Millie. May.

—¿Te acuerdas de Madeleine?

—Claro. —Asiente con la cabeza—. ¿No habías salido huyendo de aquí?

—Cierto —digo—. Durante una temporada. La familia me ha hecho volver. —Hay algo de verdad en la frase, por alguna parte.

Un test de embarazo positivo era la manera más rápida de salir a patadas de casa de mis padres, así que solo me hizo falta ver el símbolo de la suma para saber que mi destino estaba sellado. Y así fue, mi padre me puso en la puerta en cuanto se enteró de que tenía un bollo en el horno. A los diecisiete años. «No he educado a mi hija para esto». Mi madre protestó un poco, pero no pudo hacer nada para que mi padre cambiara de metodista opinión.

Nadie quería a Kendra. Ni mis padres ni mi supuesto novio.

Solo yo.

El Chevrolet Nova estaba a mi nombre, así que mi lentejita y yo nos largamos. «Nos labraremos nuestro propio futuro», le dije a mi vientre al tiempo que me acariciaba la tripa como si fuera una bola de cristal, como si Kendra fuera una profecía que flotara en la neblina del líquido amniótico. Nos largamos de Brandywine.

Al menos por un tiempo.

Henry McCabe. Pero míralo bien. Es como si los últimos dieciséis años no hubieran existido, como si la marea los hubiera arrasado con las corrientes submarinas. Vuelvo atrás en el tiempo, regreso a los días del instituto, a aquellos tres meses del primer curso...

Tres meses. No parecen gran cosa en el marco de la existencia, pero en aquel momento, dios mío, me parecieron toda una vida. Henry es, y que el cielo me perdone por lo que voy a decir, el chico que se me escapó.

Los «qué habría pasado si...» se me amontonan en la cabeza. «¿Qué habría pasado si llegamos a durar un mes más juntos? ¿Y si me hubiera quedado con él en lugar de irme con Donny?».

¿Dónde estaría ahora?

¿Quién sería?

—¿Vosotros dos no salíais juntos en el instituto? —indaga Charlene, aunque sabe demasiado bien la respuesta—. ¡Claro que sí! ¡Ya me acuerdo!

—Tú siempre tienes mucho que hacer, ¿no, Charlene? —pregunto.

—Sí —responde con una pizca de orgullo.

—Pues concéntrate en eso y no te metas en lo demás.

Henry se echa a reír.

—Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —respondo—. No te había reconocido con la barba. Por fin te ha salido.

—Mi mayor logro piloso, ¿no te parece?

Henry siempre trató de esconderse tras una melena hasta los hombros, con lo que parecía un Eddie Vedder picado de viruelas. Se dedicaba a rasgar las cuerdas de la guitarra a la hora de comer, escondido en el aparcamiento del colegio, donde nadie más le oía. Pero yo, sí.

Siempre me escabullía para fumar maría en el Nova. Henry era mi banda sonora. Su voz me llegaba por el aparcamiento, entre los coches. Me propuse descubrir el origen de aquella voz que sonaba hipnótica, que me atraía como la marea.

Por fin lo encontré sentado entre dos coches, rasgueando la guitarra. «¿Qué canción es esa?».

Se quedó paralizado. Un cervatillo de pelo largo.

«Lo siento». Retrocedí un poco.

«La he escrito yo». Hablaba muy bajo.

«¿Para quién?». No me respondió. «Bueno, sea quien sea, es una chica con suerte».

Henry siempre estaba en la diana de los chicos del instituto. Como todo el que no pudiera coger un balón de fútbol con una mano y una lata de cerveza con la otra. Donny se lo hizo pasar mal. Pero Henry siempre pareció destinado a algo mejor que Brandywine. Creía que podía llegar a algo. A ser una estrella del rock. Que podía llevarme con él.

—Estás igual que siempre —me dice, y me trae de vuelta del pasado—. No has cambiado nada.

—Tengo una hija que opina lo contrario.

Me llevo los dedos a la oreja para peinarme el pelo casi rapado; es un movimiento instintivo, de cuando lo llevaba largo.

—Kendra, ¿no?

«Se acuerda».

—En persona.

Henry McCabe... ¿cómo habría sido mi vida de haber seguido con él en vez de irme con el cabrón de Donny Watkins? «Para empezar, no habrías tenido a Kendra», me digo para ahogar la fantasía incipiente antes de que tenga tiempo de echar raíces en la cabeza.

—¿Te portas bien, Henry? —pregunta Charlene—. No te he visto en la iglesia.

—Me has pillado.

—Nunca es demasiado tarde para volver. Y los martes hay este grupo de apoyo.

«Este grupo de apoyo».

—No se ha apuntado suficiente gente —responde de inmediato—. La reunión para familias más cercana es en la Trinity, pero me cae lejos. Iré alguna que otra vez, cuando me haga falta.

—Me alegro. ¿En qué trabajas ahora?

—Deja en paz al pobre hombre, Charlene —masculla May por una comisura de la boca.

—No, si no me importa —responde Henry—. No sé, hago de todo un poco. Jardines en verano cuando hay trabajo. Casi todas las mañanas pesco cangrejos.

—¿Buena pesca?

—No mucho, escasean, pero voy tirando. Antes se los vendía directamente al Haddocks, pero han cerrado.

—Así está el mundo —dice Charlene—. ¿Qué vendes? ¿Eso son jaibas, cangrejos azules?

—Sí, señora.

—¿Alguno de caparazón blando?

—No, lo siento, ninguno acaba de mudar. En un mes, igual. Esta temporada van con retraso.

—¿A cuánto los vendes?

Caigo en la cuenta de que Charlene no está agobiando a Henry para que pague el depósito de cinco dólares, como hace conmigo. Pero mejor la dejo seguir coqueteando.

—A veinte la docena —dice.

—¿Nada más? —Charlene lanza un grito de protesta—. ¡Pero si los estás regalando! Dame una docena. Hace años que no me doy un banquete de cangrejos azules.

—Es muy amable, señora.

—Déjate de señora. Llámame Charlene. —Tiene la respiración entrecortada y, por un momento, me preocupa que se le haya atascado uno de los tubos, y el oxígeno ya no le esté llegando a los pulmones—. Madi. —Se vuelve hacia mí con gesto vivo y sé a dónde quiere ir a parar incluso antes de que lo diga—. ¿Por qué no le haces una lectura a Henry?

—No me parece que...

—No digas tonterías. Poca gente necesita más que este joven una predicción de que vienen buenos tiempos. —Levanta una

mano y le hace ademanes a Henry casi como si indicara cómo aparcar en un espacio reducido—. ¿Sabías que Madi tiene un don, Henry?

—¿De veras? —Me mira con gesto burlón de estar muy impresionado—. No me lo habría imaginado.

«Me quiero morir de vergüenza». Noto que me pongo roja, que toda la sangre se me ha subido a las mejillas.

—Algo hay que hacer para ganarse la vida.

—Venga, Madi —insiste Charlene—. A ver qué ves.

Henry da un paso atrás y alza las manos en gesto de rendición. Esto es demasiado para él.

—Es muy amable por vuestra parte, pero... no, gracias.

—No se admiten negativas. —Charlene da otra calada con esfuerzo al Pall Mall. El humo le sale en volutas de la boca—. Invito a la primera.

—Tengo dinero —dice él, un poco a la defensiva.

—Guárdatelo. He dicho que pago yo.

Esto se está volviendo un tanto incómodo. Henry y yo parecemos un par de adolescentes a los que obligan a bailar juntos en la fiesta del instituto.

—¿Seguro? —le pregunto.

—No es que me dejen mucha opción.

—Vamos a hacerlo en privado. —Lo aparto de las mujeres. No quiero que escuchen a hurtadillas. Solo son un puñado de reinas que se ríen desde sus tronos plegables.

—No hace falta que lo hagamos de verdad —susurro mientras nos dirigimos hacia su camioneta.

Dios sabe cuánto hace que la tiene. A juzgar por el óxido que le corroe el chasis, debería desmantelar la Toyota para ahorrarle sufrimientos antes de que se caiga a pedazos. En la parte trasera hay cinco cestas para la colada, una dentro de otra, llenas de cangrejos azules, una maraña de pinzas.

—Me puedo inventar cualquier cosa —digo sin dejar de mirar en dirección a los cangrejos—. Para quitarnos de encima a Charlene.

—¿Y dejar pasar la ocasión de conocer mi futuro?

—Cuidado —digo—. Estás emitiendo un aura de narices...